

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

DIAS DE GLORIA.

Satisfacciones mas ó menos vivas, dolores mas ó menos intensos vienen á ser los hilos blancos y negros con que se fabrica la tela que envuelve como último sudario á los hijos de Adán. Nadie se escapa de esta ley que abriga á toda su raza, y las diferencias individuales solo consisten en que abunde mas uno de aquellos colores, ó sean mas ó menos subidos sus matices. Dias que debieran marcarse con piedra negra, pero horriblemente negra, y dias que merecen estar señalados no ya con piedras blancas sino con riquísimas perlas orientales se han entretreído en la vida del ilustre pontífice que por mayor espacio de tiempo ha ocupado la silla de S. Pedro. Duro en extremo es el contraste que ofrecen los diversos sentimientos que alternativamente han acelerado los latidos de su pecho. La singular prerrogativa que le ha concedido el cielo prolongando la duracion de su reinado mas allá del límite que comunmente se le creia prefijado, es ahora motivo de universal regocijo; no lo turbemos con penosos recuerdos, que harto profundamente grabados quedarán en la historia para mengua de nuestro siglo. Sea este gozo efímero ó duradero, es una tregua de Dios: bendigamos al que nos la concede. Bendigamos al que en nuestros tiempos ha constituido vice-gerente suyo en la tierra á un pontífice admirable, á un pontífice grande, grande como las calamidades y persecuciones

que el infierno ha suscitado contra la Iglesia. Oh! sí. Digno es el noveno Pio de pasar á la posteridad con el epíteto que distingue al primer Leon y á Gregorio primero.

Como muestras de su poder incontrastable el Señor ha obrado por su medio grandes cosas, y por haberle así enaltecido le llamarán bienaventurado todas las generaciones. Preciso es tener la inteligencia tan obtusa, tan cercada de espesa niebla que por ningun resquicio penetre la luz, para no comprender que durante el pontificado actual se han verificado sucesos que salen de la natural esfera de los acontecimientos humanos. Niéguese enhorabuena la Providencia divina; pero entonces ¿qué es lo que se le substituye para explicar unos hechos que el criterio de los incrédulos calificaba de absurdos é imposibles? ¿Acaso lo absurdo y lo imposible adquieren jamás carta de naturaleza en los dominios de la historia? ¿Acaso hemos de volver al Hado de los antiguos para salvar dificultades y eludir esplicaciones? En pleno siglo XIX, el augusto pontífice, apenas repuesto en el trono de sus predecesores, anunció que iba á declarar dogma de fe el misterio de la inmaculada concepcion de María. En pleno siglo XIX! Oh! escándalo de la impiedad! Pero la impiedad no soltó las riendas á su furor, creida como estaba de que para impedir ese triunfo que habia de inmortalizar á Pio IX le bastaban la mofa y el escarnio. Cómo! ¡Crear un nuevo dogma cuando la magestuosa corriente de la civiliza-

ción tenía ya casi del todo arrollados los antiguos! Cuando estaba ya escrito y publicado aquel célebre artículo *De como mueren y desaparecen los dogmas*, y las lumbreras de la ciencia, y los corifeos de la literatura y los oráculos del periodismo *ilustrado* habían palmoteado de alegría por tan pasmoso descubrimiento! ¿Y qué le importaban los dogmas á una generacion positivista, ávida de riquezas y de goces materiales? ¿Ignoraba el pontífice los caracteres distintivos de su época, ó pretendía acaso resucitar la Edad media entre los gritos de libertad y progreso, entre las maravillas del vapor y de la electricidad, entre las gigantescas especulaciones mercantiles y el perfeccionamiento asombroso de las armas? ¿Qué desatinada Egeria le inducía á levantar mas el muro de separacion entre el catolicismo y el protestantismo, cuando ciertos *espíritus religiosos* trabajaban tanto con el laudable objeto de fundir todas las religiones en un sincretismo filosófico, para forjar una nueva religion en la que nada se creyese y á nada se obligase? ¿No le valdria mas ocuparse en la política y hacer concesiones al espíritu moderno, á ver si le seria posible aplazar la ruina de su trono que dentro de poco iba á saltar hecho astillas? De fijo que si realizaba su pensamiento tendria el disgusto de verlo estrellarse en la mas irrisoria y glacial indiferencia. Y el augusto pontífice, sin aturdirse por tan siniestras profecías, declaró dogma de fe lo que habia sido universal y constante y gratísima tradicion de la Iglesia. ¿Quién no recuerda el alborozo inmenso que invadió al mundo entero desde el uno al otro polo? No fué únicamente el episcopado, el clero, las piadosas cofradías, las almas devotas las que se entregaron á las mas vivas demostraciones de júbilo; fueron los fieles todos así los fervorosos como los tibios, así los verdaderos creyentes como los vacilantes en la fe, todos sin excepcion de condiciones ni de partidos ni de gerarquías. ¿Quién no lo recuerda? Triunfo mas espléndido no se refiere en los anales de la Iglesia. ¿Dónde estaban los incrédulos en aquellos dias? Sus viviendas aparecieron hermoseadas de colgaduras y luminarias, y ellos

sin duda arrastrados por el entusiasmo general tomaban parte en aquel concierto unánime de alabanzas á la inmaculada Virgen. Esta fué la glacial indiferencia que pronosticaba la impiedad: en sol tan sereno y resplandeciente se convirtieron los nubarrones y la caliginosa atmósfera anunciada en sus calendarios. ¿Y qué pluma fuera capaz de describir la satisfaccion inmensa que experimentó nuestro inmortal pontífice, así el gozo espiritual por su tierna devocion á María, como el que debia producirle el ver que su pecho era como un foco á donde convergían todas las irradiaciones del júbilo que inundaba al orbe entero?

Otros papas han visto recaer en su pontificado el centenario de S. Pedro: otros papas han elevado á los altares á numerosos siervos de Dios que habian edificado al mundo con el ejemplo de sus virtudes, ó dado testimonio de su fe con la sangre de sus venas: otros papas convocaron concilios ecuménicos y los presidieron en persona ó por medio de sus legados: nuestro inmortal pontífice no ha traído innovaciones en el seno de la Iglesia. El supremo custodio de la verdad que es siempre antigua y siempre nueva, no se engrandece por medio de sucesos que no tengan precedentes en la historia: la originalidad no es un timbre á que aspire. Pero ¿será necesario desmenuzar estos hechos engastados como piedras preciosas en los fastos del pontífice reinante, y compararlos con los de épocas anteriores que mas se les asemejan, para deducir la superabundancia de gloria que resulta á favor del que en tan azarosas circunstancias los ha realizado? ¿Bastaria medir las ventajas de esplendor y magnificencia con que han sido celebrados ó la mayor energía que comunicaban al sentimiento católico en todos los ángulos de la cristiandad? ¿Y cómo no tomar en cuenta los obstáculos que la enemiga de los políticos, y la suspicacia de los gobiernos, y el predominio de los incrédulos, y la escasez de los recursos, y las tendencias de la época les oponian? Y todo en vano. Difícilmente cabe en la imaginacion, pero mas fácil es de concebir que de espresar el gozo que sentiria el augusto pontífice al verse una y

otra vez rodeado del cuerpo episcopal, que desde los mas próximos y los mas remotos confines de la tierra habia acudido presuroso á su llamamiento. ¡Qué satisfaccion tan íntima al estrechar la mano de aquellos varones tan respetables por sus tareas apostólicas, por su ciencia y sus virtudes, al ver los rostros curtidos por el sol de aquellos infatigables misioneros que obedientes á su voz habian convertido el báculo pastoral en bordon de peregrino! Cuán suave bálsamo inundaria su corazon al ver como resplandecia la unidad de la fe en aquel vasto cuerpo tan unido y tan compacto por la identidad de ideas y sentimientos, cuando las sectas disidentes, los sistemas políticos, las teorías filosóficas, todo lo que es puramente humano se halla tan dividido y pulverizado por la multitud y diversidad de las opiniones!

Trayendo á la memoria el concilio del Vaticano, el mas numeroso entre los ecuménicos, no puede olvidarse la declaracion de la infalibilidad pontificia, precioso diamante que ha resplandecido en todas las tiaras, pero que aparece como mas fúlgido y abillantado en la que ciñe las augustas sienas de Pio IX. ¿Qué tiene esta verdad histórica, inevitable y perfectamente lógica en el órden sobrenatural del catolicismo, para que los enemigos de este pusieran en juego todas sus maquiavélicas artes á fin de impedir su solemne declaracion? ¿Qué les iba ni venia en que el infalible fuese el papa ó fuese el concilio? ¿Acaso estaban resueltos á someterse á las decisiones del segundo? Pues, si así lo quieren, el concilio en virtud de su infalibilidad ha convenido en la infalibilidad del pontífice supremo. Ó el concilio se ha engañado ó el papa es infalible. Este dilema no tiene salida. Así Dios ha cerrado todas las puertas de escape á todos los que no quieren obedecer á la Iglesia ni se atreven á romper abiertamente con ella: á todos estos periodistas irreligiosos metidos de repente á teólogos, á todos estos políticos aviesos que nuevos Oza pretendian poner sus manos en el arca santa, mas dispuestos á volcarla que á sostenerla, á todas estas sibilas de la incredulidad que fingiendo un falso celo presagia-

ban cismas é intestinas discordias si el dogma se definia. Y el dogma se ha definido. Y si permitió Dios que algunos obispos dudaran de su oportunidad, esto sirvió precisamente para que fuese mas amplia la discusion, para que fuese mas clara, mas evidente, mas innegable la libertad del concilio. Oh! y que inefable consuelo para el alma de Pio IX! Todos, todos estos obispos le han enviado su protesta de adhesion, todos, todos están conformes con la doctrina de la Iglesia. Incrédulos, hablad ahora de Doellinger y del P. Jacinto: ensalzadles hasta las nubes. Por mucho que valieran en sus buenos tiempos, no valian tanto como en los antiguos, Orígenes y Tertuliano. Pero compadezcámosles: solo Dios sabe si está escrito que hayan de morir en los errores que les ha sugerido su orgullo.

Tantos y tan hermosos dias de gloria en los anales de un solo pontífice, tan sabrosas consolaciones entre los repetidos sorbos de su amargo cáliz, tantos inmarcesibles laureles en sus venerables canas, tantas grandezas enlazadas al nombre de Pio IX, ¿serán todavía poco para abrir los ojos de sus enemigos voluntariamente obcecados? Se quiere todavía una credencial mas autorizada, mas esplicita, para reconocer la mision sublime que la Providencia le ha conferido? Dejemos á los ciegos que guien á otros ciegos, que culpa de ellos será si entrambos dan en la hoya; y los que por gracia divina somos hijos de la luz regocijémonos en el Señor, que á tan especiales mercedes concedidas á nuestro bondadoso padre, ha añadido la de prolongar sus dias hasta un término que nunca lograron alcanzar sus predecesores. Toda la cristiandad se ha conmovido por tan fausto acontecimiento, todos los pechos católicos abrigan hoy un corazon idéntico que está lleno del mismo sentimiento y repite las mismas pulsaciones de alegría. Nueva gloria para el inmortal pontífice que elevando sus ojos al cielo podrá esclamar: *fecit mihi magna qui potens est.*

T. AGUILÓ,



LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO III.

SOBRE LA DISTINCION ENTRE FILOSOFÍA MORAL Y TEOLOGÍA.

(Conclusion.)

Este inconveniente es comun á todos los demás sistemas de moral humana, porque en ninguno de ellos las reglas están espresas en el principio, ni derivan de él por necesidad. Para establecerlas de un modo incontrastable es preciso un conocimiento profético de todos los efectos de las acciones, un conocimiento de todas sus relaciones con el órden general. Admitida la idea del deber como principio de las obligaciones morales, para tener las reglas ó deberá decirse que el hombre conoce con certeza todos sus deberes en cada caso, ó confesarse que las reglas más que de este solo principio deben venirnos de otra parte: admitida la conciencia, ó deberá decirse que esta nunca engaña y por consiguiente cometer las reglas á la conciencia de cada uno, ó confesar aquí tambien que no resultan del principio.

Solo la moral religiosa podia dar reglas prácticas incontrastables é indisolublemente ligadas con el principio, porque solo ella puede reconocer un principio de autoridad infalible, que es Dios, y comunicar al hombre las reglas que este principio de quien derivan ha revelado. El que lo ha admitido debe recibir las reglas, debe estar cierto de que son justas, porque quien las ha dado conoce todas las relaciones posibles de los sentimientos y acciones con la eterna é inmutable justicia (1).

- Principio de irrecusable autoridad; reglas á que se reduce toda accion y pensamiento; espíritu de perfeccion que en cualquier duda inclina el ánimo á lo mejor; promesas superiores á todo interés temporal imaginable; modelo de santidad propuesto en el Hombre-Dios; medios eficaces para ayudarnos á imitarle en los sacramentos por Él instituidos, en los cuales hasta el que tiene la desventura de no re-

(1) De ahí se ve cuan absurda es la pretension de formar escepciones de la ley divina, con pretexto de mayor utilidad: lo cual supone en el hombre un conocimiento más estenso de la posible utilidad que en Dios. El hombre no vé más que una parte de las cosas, Dios ha venido en auxilio de su flaqueza y le ha dado reglas con cuya observancia está el hombre seguro de hacer aquello que debería elegir á haberlo visto todo: el hombre que se dispensa de seguirlas pone en parangon lo poco que conoce con la sabiduría infinita de Dios, y decide á favor de su propia opinion.

conocer la autoridad divina no puede menos de distinguir acciones que disponen á toda virtud: tal es la moral de la Iglesia católica, la única que ha podido darnos á conocer tales como somos, la única que del conocimiento de males humanamente irremediables ha podido hacer nacer la esperanza; aquella moral que todos quisieran que los otros practicasen, que practicada de todos á todos daría el mas alto grado de perfeccion y de felicidad que pueda conseguirse acá en la tierra; aquella moral á la que el mundo mismo no ha podido negar un perpétuo testimonio de admiracion y alabanza.

Es un hecho demasiado cierto que aún despues del cristianismo se han afanado algunos filósofos por descubrir otra. Semejantes al que encontrándose con una muchedumbre sedienta, y sabiendo que está cerca un gran rio, se detuviese á producir por medio de procedimientos químicos alguna gota de aquel agua que no apaga la sed; han agotado aquellos su inteligencia en busca de una teoría de los deberes, y al dar con alguna verdad moral importante han olvidado que les habia sido enseñada, que era un fragmento ó una consecuencia del catecismo; no han advertido que no habian hecho mas que alargar el camino para llegar á ella, y que en vez de presentar una ley nueva despojaban de su sancion una ley anteriormente promulgada (1). No ignora la Iglesia sus esfuerzos, ni los resultados que producen; pero acaso es esto un ejemplo para ella? Solo ha podido amonestarles y compadecerles; por qué habia de imitarles? ¿No deberá continuar dueña la Iglesia de la doctrina moral perfecta que Jesucristo le ha encomendado? Dejará de decirles con Pedro: *á quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna* (2)? Dejará de

(1) Quien no considere que las ciencias morales no siguen la progresion de las otras (porque no dependen del solo entendimiento, ni las verdades que proponen son de las que una vez reconocidas no son ya contestadas, y sirven de escalon á otras verdades), no sabrá explicar cómo la doctrina de Helvecio haya podido suceder en Francia á la de los grandes moralistas del siglo xvii. Admirado de la inferioridad de la primera, no sabrá cual de las dos maneras de darse razon de ello aceptar como menos estraña: ó que Helvecio, moralista de profesion, no cuidara de informarse del estado de la ciencia y de las opiniones de escritores celeberrimos y recientes; ó que al leer sus obras no viera que las cuestiones que ha suscitado estaban ya cumplidamente resueltas, y que la solucion era siempre la que le debia parecer la mas útil y magnánima, la que hubiera deseado que cada uno adoptase en sus relaciones con él; no advirtiera que en aquellos libros todo concuerda con el conocimiento que el hombre tiene de sí mismo, que no hay para los principios escepcion de tiempos ni personas, que la perfeccion es razonable, que el verdadero medio para hacer tratados útiles, universales y honestos de moral era adoptar aquellos principios y aplicarlos á las observaciones que presenta la sociedad.

(2) *Domine, ad quem ibimus? verba vitæ eternæ habes.* Jean. vi, 69.

repelir, que esparce el que no coge con él (1)? Podrá ni un momento suponer que haya dos caminos, dos verdades, dos vidas? Se le han confiado preceptos: y depositaria infiel, y administradora desleal, distribuirá dudas? ¿Arrumbará la palabra eterna y se enzarzará en los discursos del hombre para averiguar tal vez que la virtud es mas razonable que el vicio, ó que á Dios se le debe adorar y obedecer, ó que es necesario amar á sus hermanos? ¿Habrá tomado el Verbo esta carne mortal y padecido las angustias inefables de la redencion, para merecer de la sociedad que ha fundado un puesto entre las academias filosóficas? Ella que con sus primeros documentos puede levantar al simple, que todo lo ignora menos la esperanza, al punto mas encumbrado de la moral, á aquel punto en que se encuentra Bossuet despues de haber recorrido un vasto círculo de meditaciones sublimes, no le levantará á él y le arrojará al camino de la razon que conduce á cien términos diferentes? Desfallecido y extraviado se refugiará el hombre á la ciudad puesta sobre el monte, (2) y ésta no le dará asilo? Hambriento de justicia y de certidumbre, de autoridad y de esperanza, acudirá á la Iglesia, y la Iglesia no le partirá aquel pan que se multiplica en sus manos? No: la Iglesia no hace así traicion á sus hijos; no debemos temer que nos abandone; solo debemos abrigar el saludable temor de que podamos abandonarla; y este temor debe aumentar nuestra confianza en Aquel que puede ternernos unidos á esta columna y apoyo de la verdad (3). Olvidamos diez y ocho siglos de existencia, de sucesion de pastores, y de supremos pastores, de continuacion en la misma doctrina; diez y ocho siglos en que se cuentan tantas persecuciones y tantos triunfos, tantas separaciones dolorosas, y ni una sola transaccion: qué necesidad tenemos de experiencia? No la tenian los primeros fieles, y creyeron; bastóles la palabra de aquel Dios para quien mil años son como el dia de ayer, que pasó (4).

No me estenderé mas ahora acerca de la superioridad de la moral religiosa, asunto que hombres ilustres han tratado, y que forma parte naturalmente de todas las obras que versan sobre esta moral. Solo las indicaciones sueltas que de ello dejó Pascal contienen mas descubrimientos importantes de moral

general que muchos volúmenes (1). Por otra parte hacer resaltar esta superioridad es el objeto de todo el presente escrito.

Resumamos ahora brevemente los resultados del cotejo que hemos hecho en este capítulo.

La filosofía no ha podido convenir en un solo principio, y en una sola regla, que son las dos partes esenciales de la moral. Por consiguiente no es una, ni puede contraponerse á la revelacion.

Examinando uno por uno los sistemas de moral filosófica se encontrará que ninguno de ellos puede conciliar la belleza suma con la suma racionalidad; por esto dejan todos mucho que desear á sus mismos partidarios. La moral teológica reúne estas condiciones en grado superlativo.

Los sistemas de filosofía moral no dan reglas fijas necesariamente derivadas del principio: las que la moral teológica propone lo son; su principio es la autoridad de Dios, sus reglas son los mandamientos de Dios.

Si se admite que la moral del evangelio viene de Dios, es preciso admitir en la Iglesia el estrecho deber de adoptarla y mantenerla con exclusion de las demás. Al examinarla en parangon con las otras, sus perfecciones prueban siempre mas y mas la divinidad de su origen.

CAPÍTULO IV.

SOBRE LOS DECRETOS DE LA IGLESIA—SOBRE LAS DECISIONES DE LOS PADRES—Y SOBRE LOS CASUISTAS.

«A las luces de la razon y de la conciencia, la Iglesia sustituyó la autoridad de sus decretos y las decisiones de los «padres; al estudio de la filosofía moral, el de los casuistas...» Pag. 413-14.

Funda la Iglesia su autoridad en la palabra de Jesucristo; pretende ser depositaria é intérprete de las escrituras y la tradicion; protesta no solo de no haber nunca enseñado nada que no derive de Jesu-

(1) A Pascal por haber observado profundamente los males del hombre se le ha tachado tantas veces de atrabiliario, y quizá nunca se ha tachado así á Helvecio que presenta la naturaleza humana bajo su aspecto mas triste y desconsolador. Esta diferencia de juicio es tanto mas de extrañar en cuanto Pascal, que se habia estudiado demasiado á sí mismo para despreciar á los demás, solo respira compasion de sí y de los otros, resignacion, amor y esperanza; y de cuando en cuando descansa con alegría y calma en el cielo la vista turbada y confusa por la contemplacion del abismo del corazon humano; mientras que las reflexiones de Helvecio á menudo son amargas, iracundas, mal sufridas ó festivamente crueles. Pascal es atrabiliario porque manifiesta la necesidad de remedios mas repugnantes para nosotros que los males. Por el contrario Helvecio para todo inconveniente moral busca una causa extraña; en vez de combatir las pasiones las lisongea, enseñando á cada uno á atribuir los vicios á la necesidad ó á la ignorancia ajena, y no á la propia corrupcion.

(1) *Qui non colligit mecum, dispergit.* Luc. xi, 23.

(2) *Non potest civitas abscondi supra montem posita.* Matth. v, 14.

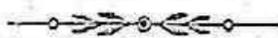
(3) *Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis.* I ad Timoth. iii, 15.

(4) *Quoniam mille anni ante oculos tuos tamquam dies hesternæ quæ præterit.* Ps. LXXXIX, 4.

cristo, sino de haberse opuesto siempre y de querer siempre oponerse á cualquiera innovacion que se intentara introducir; y de estar pronta á borrar, apenas escrito, cualquier ápice que una mano profana osase añadir á las divinas páginas. Nunca ha pretendido tener autoridad para inventar principios de moral esencial; por el contrario su gloria consiste en no tenerla, en poder decir que toda verdad le ha sido enseñada desde su origen, que siempre ha poseído las doctrinas y los medios necesarios para salvar á sus hijos, en tener una autoridad que no puede acrecentarse porque nunca ha sido deficiente. La Iglesia afirma por consiguiente que sus *decretos* son conformes con el evangelio y que no recibe las *decisiones de los padres* sino en cuanto le son tambien conformes, y son un testimonio de la continuacion de la misma fe y de la misma moral. Si es verdad lo que afirma la Iglesia, no podrá decirse que sustituya estos decretos y decisiones á las luces de la razon y de la conciencia, como no puede decirse que sustituya á la ley una sentencia que explique su espíritu y determine su ejecucion; antes bien se deberá confesar que las regula entrambas con una norma infalible que es la del evangelio. Y si no se quiere creer esta asercion de la Iglesia, debe decirse cuales son las máximas de moral que ella propone que no proceden del evangelio, que sean contrarias ó almenos indiferentes á su espíritu. De esta investigacion no resultará sino poner mas en claro la maravillosa inmutabilidad de la Iglesia en su moral perpétuamente evangélica, y la infinita distancia que la separa de todas las sectas filosóficas, en las cuales no se ha hecho mas que edificar y destruir, afirmar y retractarse; en las cuales aquellos son tenidos por mas sabios que mas han confesado que dudaban.

En cuanto á los casuistas empiezo por confesar que no les he leído, no diré á todos, que debe de ser imposible, pero ni uno solamente, y que no les conozco mas que por las refutaciones y censuras que de muchos de ellos se han hecho. Pero no es necesario conocer sus obras para establecer el punto que en lo que á ellos atañe interesa á la Iglesia, á saber: que no pueden atribuirse á la Iglesia las doctrinas de los casuistas; que ella no sale fiadora de las opiniones de los particulares, ni pretende que alguno de sus hijos no pueda errar, pretension que se opondría á las predicciones de su divino Fundador. Nunca ha propuesto á los casuistas como regla de moral, ni era posible hacerlo porque sus decisiones deben ser un conjunto de opiniones á menudo diferentes, y no pocas veces opuestas.

La historia del *Casuismo* puede dar lugar á dos observaciones importantes. La primera, que las proposiciones inícuas hasta la extravagancia emitidas por algunos casuistas se fundan en sistemas arbitrarios é independientes de la religion. Algunos de ellos se habian constituido en escuela de filósofos moralistas profanos y perdian el tiempo en consultar y citar á Aristóteles y Séneca cuando habia hablado Jesucristo. El mismo principio en que parece que aquellos fundaban gran parte de su autoridad (el de la probabilidad) es un principio enteramente filosófico, y nunca, que yo sepa, han intentado probar que derivase de la revelacion: trabajo les hubiera costado. Este es el espíritu que observó Fleury en los escritos de aquellos: *Ha habido casuistas que han fundado su moral en el raciocinio humano mas que en la escritura y la tradicion, como si Jesucristo no nos hubiese enseñado toda la verdad así por lo que mira á las costumbres como por lo tocante á la fe; como si aun tuviésemos necesidad de ir en busca de ella con los antiguos filósofos* (1). La otra observacion consiste en que los escritores y las autoridades que se levantaron en la Iglesia contra aquellas proposiciones, siempre les opusieron las escrituras y la tradicion. Los excesos de una parte de los casuistas provinieron pues de haberse estos alejado de las reglas que la Iglesia sigue y propone; y á ellas tuvo que acudir para reducir la moral á sus verdaderos principios.



CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LA IGLESIA PROTECTORA DEL ARTE CRISTIANO.

Ex abundantia cordis os loquitur. Esta sentencia bíblica tocó de paso el Sr. O-Neylle en su sesta conferencia sobre el tema que escogió desde el principio, y al mismo tiempo hubiera podido aplicársela á sí mismo, pues estaba demostrando que su corazon toma una parte muy activa en esas tareas que solo aparecen como producto de su erudicion y de su inteligencia. Poseído como se halla de aquel amor, de aquel entusiasmo por el arte, que es en distintivo de los verdaderos artistas, se complace el el objeto de sus meditaciones, lo considera bajo diversos puntos de vista y descubre siempre nuevos y mas anchos horizontes. Así lo que al principio pudo creerse que solo ofreceria asunto para algunos ratos de agradable entretenimiento, se ha convertido en vastísimo campo donde sin alcanzar sus límites pueden espaciarse la imaginacion y el sentimiento,

(1) *Mœurs des Chrétiens*, 4^e partie, LXIV. *Multitude des Docteurs.*

ejercitarse las mas profundas investigaciones filosóficas, encontrarse el sello de la privilegiada nobleza del hombre, conocerse el íntimo lenguaje del alma y esplayarse con los mas vehementes impulsos del amor las mas sublimes aspiraciones de la fe. Casi me atreveria á decir, dijo el Sr. O-Neylle, que la espresion del sentimiento por medio del arte pertenece al órden de lo misterioso. No puede concebirse buen órden social sin creencias, sin fe, sin religion, y tampoco puede concebirse la idea de manifestacion religiosa sin arte: así lo demuestra la historia de la humanidad. El misticismo, que si puede así decirse espresa la idea de querer conocer á Dios sin intermediario, ó por lo menos la de adorarle elevándose al mayor grado de espiritualismo y recurriendo á toda la fuerza del sentimiento, ha dado origen á una de las ramas del arte, rama bellísima que es la fiel espresion de las ideas cristianas, de modo que religion y arte no pueden separarse. Estas dos manifestaciones distintas pareciera que se derivaban de sentimientos diversos si en su fondo no se encontrasen asimilados por una misma esencia que es la belleza: y esta identidad de móvil y de procedencia las enlaza con toda la fuerza de una ley superior de cuyo cumplimiento no puede evadirse ni el genio del artista ni el libre arbitrio de la humanidad. Así es que cuando algunos pretendieron separar el sentimiento de lo bello del sentimiento religioso y pronunciaron esta obscura frase «dar vida al arte por el arte mismo» profirieron una blasfemia artística, cuyo primer efecto fué ahogar la nobleza del sentimiento y prostituir la belleza del arte.

Hace ya muchísimo tiempo, y ahora con mayor encono que nunca, hombres tan superficiales en conocimientos como maligna y profundamente intencionados, declaman contra la Iglesia achacándole que tiraniza la libertad del genio, y esta falsa suposicion arranca nada menos que de la remota época en que se destruian las obras del paganismo. No puede negarse; al disipar las negras sombras que envolvian al mundo, la luz del evangelio destruyó, pero destruyó accidentalmente muchas obras del arte. Es preciso fijarse bien en esta distincion. La Iglesia no destruyó aquellas obras del arte por el placer de destruirlas. Tuvo que ceder á la necesidad de allanar los obstáculos que se oponian á su mision bienhechora. Por medio del arte se habia llegado á la adoracion de la materia, y el arte se habia degradado hasta el punto de interpretar las pasiones y crímenes mas repugnantes y reproducir las mas inmundas obscenidades. Las falsas creencias cayeron ante la fuerza moral de la Iglesia, y ante el irresistible poder de su verdad debia desaparecer lo que simbolizaba al error como las sombras de la noche al primer destello del dia. Mas no todo quedó destruido: muchos son los monumentos que se dejaron intactos, muchas las obras de arte conservadas, muchísimos los restos que posteriormente se descubrieron y aun actualmente se descubren, lo cual prueba que nunca el arte fué el objeto que se intentaba destruir sino aquello que por él estaba

simbolizado. Tambien el tiempo destruyó muchísimo; pero mas que el tiempo y el sentimiento religioso, el terrible destructor fué la bárbara mano del hombre impulsada por la ignorancia, y nunca mas destrucciones que en las épocas en que la sociedad se espide el sarcástico título de ilustrada, y si no recuérdese lo que hemos visto destruir y miremos lo que hemos visto edificar.

Explicó largamente el Sr. O-Neylle las razones que obligaron á la Iglesia á fijar su atencion exclusiva en lo concerniente á su mision divina durante las primeras épocas de su historia, lo que le impidió por de pronto el tener un arte propio como lo tuvieron las religiones materialistas. Al sobreponerse en la regenerada humanidad el imperio del espíritu al reinado de la materia no eran pequeñas las dificultades que debian superarse para espresar por medio de distinta forma un nuevo sentimiento. Por esto el cristianismo, religion eminentemente espiritualista, empieza sin necesidad perentoria del arte, mas no le relega al olvido sino que poco á poco le acoge, se sirve de él, se apropia sus diferentes géneros á condicion de que él pueda prestarle decoroso servicio para el culto y despertar puros y elevados sentimientos en los pechos de los fieles. Así la nueva religion infiltrando su espíritu en el arte lo regenera, le da nuevas condiciones, nuevos caracteres, nuevas formas y nueva vida. Hasta lo aprovechó como recurso calequístico entre las naciones que por su ignorancia no podian comprender por la escritura lo que por medio del arte se espresaba. Claro es que el dogma era el regulador del artista y que la inspiracion del sentimiento religioso debia estar conforme con la teología, porque si no hubiese sucedido así el extravío de la inteligencia, el capricho del genio, la ligereza de la imaginacion pronto hubieran torcido la recta interpretacion de la verdad, introducido la confusion en las doctrinas, y trastornado la severa uniformidad del cristianismo. Permittiendo que la libertad del artista degenerase en licencia la Iglesia hubiera ayudado con una mano á destruir lo que con la otra edificaba puesto que consideraba al arte como uno de los medios de la propagacion de sus ideas. Así decian los padres del concilio de Nicea: «¿Cómo puede acusarse de error á los pintores? Ellos no inventan: por medio de las antiguas tradiciones se les dirige: su mano no hace mas que ejecutar: es notorio que la invencion y la composicion de sus obras pertenecen á los padres que las consagran; propiamente hablando ellos las hacen.»

Despues de tocar algunos puntos de la historia del arte cristiano ántes de la época del renacimiento, el Sr. O-Neylle concluyó diciendo: «Mi principal objeto ha sido hoy demostraros que la Iglesia, acusada de tiranizar al arte, fué su mas decidida protectora: que en su espíritu halló el sentimiento artístico un raudal inagotable de inspiracion: que los límites prefijados al artista fundados en lo razonable y verdadero, lejos de servirle de cadena le servian de guia; que considerado el arte como medio eficaz para mantener en la sociedad el sentimiento de lo

bello, no se podía ni se debía permitir su prostitución. Y esto hizo la Iglesia: trazó un camino, guió por él, mostró con indicaciones seguras adonde conducía y advirtió que las tortuosas veredas desviaban de su elevado fin al indócil y atrevido que en ellas penetraba. ¿No es verdad que sería una insensatez decir que se encadena la libertad del hombre cuando se le somete á la enseñanza elemental? ¿No sería un absurdo afirmar que se oprime el genio del artista cuando se le enseñan los principios del arte? Pues no menor insensatez ni menor absurdo es el decir que la Iglesia fué tiránica opresora de las bellas artes.»

En la reunion del domingo anterior se dió cuenta de haberse proyectado una magnífica funcion religiosa para solemnizar el vigésimo quinto aniversario del advenimiento de nuestro beatísimo padre Pio IX al solio pontificio, y tomando despues la palabra el jóven Pro. D. Miguel Maura, con el simpático acento que le caracteriza, escitó á los concurrentes á que no dejasen de asistir á los divinos oficios, y especialmente á la recepcion del augusto Sacramento el dia señalado por nuestro escelenísimos obispo. Mas como estas funciones religiosas y públicos festejos no debian ser mas que la espresion del sentimiento católico, y como fuera de la *Asociacion* existe indudablemente tan crecido número que profesa nuestras santas creencias, que podemos contar por católica á la totalidad de los mallorquines, la *Asociacion* no trataba de organizar una fiesta exclusivamente suya, tan solo se habia limitado á tomar la iniciativa y por lo mismo exhortaba á cada uno en particular á que invitase á sus deudos, vecinos y amigos para que tomasen tambien una parte muy activa en la celebracion de tan fausto acontecimiento, dando gracias al Altísimo en la Iglesia y demostrando su regocijo con la iluminacion y adorno de las fachadas de sus habitaciones, para lo cual se contaba con el competente permiso de las autoridades.

En la reunion extraordinaria de esta noche, el vasto salon profusamente iluminado lucirá sus magníficos tapices, banderas y colgaduras, demostrando con sus lujosas galas el regocijo de los sócios por la gracia especial que á nuestro beatísimo padre ha concedido la divina Providencia. Los armoniosos acordes de una orquesta amenizarán la velada, y á eso de las ocho y media el mismo Sr. Maura, siempre dispuesto á complacer á sus coasociados, tomará algunos rasgos de la biografía de Pio IX por tema de un sencillo discurso.

CRÓNICA.

En Bélgica se están recogiendo donativos para ofrecer una tiara á Pio IX el dia de su jubileo pontificio. Así en las grandes ciudades como en las mas pequeñas aldeas se regalan al efecto pendientes, brazaletes y otras alhajas y ador-

nos en gran número, pues el mérito de la oferta está principalmente en la privacion de cualquiera de los mencionados objetos, privacion que se imponen voluntariamente en honor del santo padre todas las señoras.

En la tiara se pondrán tres inscripciones que espresarán el poder *paternal*, el poder *real* y el poder *sacerdotal* del sumo pontífice.

La primera inscripcion en esmalte azul dice: *Regum et populorum Patri*. La segunda en color rosa: *Orbis in terra Rectori*. La tercera, en esmalte verde, espresa la infalibilidad (piedra preciosa agregada á la corona del vicario de Jesucristo) con estas palabras: *Jesus Christi Vicario Infalibili*.

Por medio de una suscripcion abierta en Zaragoza, van á regalar al papa una virgen del Pilar de plata, unos candeleros del mismo metal y 11.549 rs.

Leemos en *L'Unità cattolica*:

Una persona dignísima nos escribe desde Imola lo que sigue:

«En la última procesion hecha en Imola el miércoles 17 de mayo del corriente año, María Santísima hizo cerca de mi casa un portentoso milagro.

Una jóven llamada Anneta G..., que hacia 10 meses se hallaba postrada en una cama con terribles convulsiones y hecha un esqueleto, se halló sana repentinamente mediante la intercesion de tan gran Señora. Por ver si se conseguía su curacion, se llamaron los mas afamados facultativos y se gastaron no ya cientos sino miles de escudos, pero todo en vano, los médicos declararon incurable su enfermedad, y los inmensos gastos hechos de nada sirvieron. El dia de la procesion, debiendo pasar la imágen de la Virgen del Piratello por delante de la casa de la enferma, fué llevada esta al piso bajo y colocada en un sillón á fin de que pudiese ver la procesion; al pasar la santísima Virgen empezó á rezar tres Ave-Marías, y aun no habia concluido la tercera, cuando dando un salto se puso á gritar: ¡Milagro, milagro! Estaba sana.

Aunque queria seguir inmediatamente la procesion, no la dejó su familia por precaucion, pero pasado algunos minutos se dirigió á la iglesia á dar gracias, y desde aquel dia su salud es inmejorable.

Puedo asegurar la verdad del hecho, pues un cuarto de hora despues de acaecido el suceso, hablé con el hermano y sobrino de la dicha Anneta, los cuales conmovidos no se sabe si de alegría ó admiracion á la vista del milagro verificado á sus propios ojos, estaban como fuera de sí.»

Cierta jóven de una distinguida familia romana, segun referia *El Imparcial*, habia mostrado hace tiempo un vivo deseo de tomar el hábito religioso, pero atacada de una enfermedad hereditaria, no podia realizar su proyecto por no serle posible soportar el austero régimen de la orden monástica que habia elegido. La enfermedad habia hecho tales progresos, que postrada la paciente en cama hacia muchos dias, veia su fin no lejano. Consolábala su confesor el padre Massaruti, y á mediados de mayo último, despues de haberla dicho que solo un milagro podria devolverla la salud de modo que pudiese pronunciar los votos que anhelaba, la encargó se encomendase al Señor, para quien nada habia imposible, y que al mismo tiempo no olvidase rogarle tambien por el estado de la Iglesia y del sumo pontífice.

A la mañana siguiente, cuando el padre Massaruti se hallaba en su confesionario, vió acercarse la jóven que la vispera habia dejado en lastimosa situacion, y que perfectamente curada iba á contarle que cumpliendo con lo que la vispera le habia dicho, se habia encomendado al Señor, y este, apareciéndosela en sueños, le habia concedido la gracia que pedia, repitiéndole además muchas veces que habian sido tambien oídos sus ruegos en favor del santo padre, y que muy pronto volverian en Roma las cosas á su antiguo estado, aunque no sin efusion de sangre.